

pescadores en el mar, pero me dicen que es imponente espectáculo. Las mujeres chillan y lloran—aquí el canto es lloro y el lloro chillido,—acuden a la ermita de Nuestra Señora de la Ayuda y allí, de rodillas ante el templo cerrado, mezclan ruegos con imprecaciones.

¡Cuán diferente el espectáculo de la pesca aquí y en la costa de mi tierra, en la brava costa cantábrica! La botadura al mar de estas barcas seculares y la salida de las traineras de Bermeo, v. gr., son dos cosas que apenas se parecen. Como no se parece aquella costa de ásperas rocas a esta de blanda arena.

Del siglo XII al siglo XVI progresó la industria pesquera en Portugal. De las colmenas de pescadores salieron los navegantes, y las grandes navegaciones acabaron con las pesquerías. A mediados del siglo XIV, las ciudades de Lisboa y Oporto celebraron con Eduardo III de Inglaterra un tratado para el derecho recíproco de pesca en ambos países durante cincuenta años. Eran tiempos en que iban a la pesca de la ballena.

A principios del siglo XVI se acusa a la decadencia, como efecto de los grandes y gloriosísimos viajes. De ochenta barcas de pesca que había en Vianna en 1580, no quedaba ni una sola en 1619: todo lo arrastró la navegación al Brasil. Lo único que estas navegaciones les trajo para la industria pesquera fué el ir a los mares del

Norte a pescar bacalao, lo cual perdieron luego, recobrándolo posteriormente.

Iban los navíos portugueses en el siglo XVI a pescar bacalao en Terranova, y según el *Tratado das ilhas novas*, escrito por Francisco de Sousa en 1570, cuando esos navíos fueron entre 1520 y 1525 por primera vez allá, se perdieron sin que se supiera de ellos sino *por vía de biscainhos que continuam na dita costa a buscar e a rescatar muitas cousas que nadita costa ha*. Hay quien dice—el P. Carvalho en su *Chorographia portuguesa* por lo menos—que los portugueses descubrieron Terranova; en mi tierra se oye decir que los balleneros vascos llegaban allá antes del primer viaje de Colón a América.

¡Qué tristeza infunde, después de recorrer con la memoria la espléndida historia de las glorias marinas de Portugal, la patria de los más grandes navegantes, fijar la vista en estos pobres mansos bueyecitos rubios tirando playa arriba las cuerdas de las redes, sumisas sus astadas testuces bajo los ornamentados yugos en cuyo centro brilla el blasón, un tiempo resplandeciente de gloria, de Portugal!

Miguel de Unamuno

Espinho, Agosto 1908.

(Del libro *Por tierras de Portugal y de España*.) Otros libros de Unamuno de venta en esta librería: *Contra esto y aquello*; *Soliloquios y Conversaciones*; *Amor y Pedagogía*.

## Mi calle

Hace tantas tardes que llueve! Era desconsolador mirar a través de los vidrios de las ventanas: no se veía más que la red que tejía la lluvia al caer. Al asomarse, daba pena la calle tristonera con sus hileras de casas que tenían un aire abatido bajo la urna gris del cielo, sobre la que parecían pintados, negros y feos los alambres de la luz eléctrica.

Hoy ha cesado esa monotonía con la nota clara de esta tarde deliciosa.

La calle entera parece que ha sacudido el velo de tristeza que la envolvía y se hubiese puesto a cantar.

En el fondo, el crepúsculo ha puesto en el lienzo del ocaso sus colores más alegres. Bajo el cielo de un azul muy bajo pasaron en bandadas las golondrinas, llenando el aire con su quivid, quivid. Algunas se han posado en los alambres y aquello tomó el aspecto de un renglón escrito con signos graciosos sobre la página clara del cielo.